

trampa; no debía salir con vida ninguno de los amigos de Cortés.

En situación tan peligrosa, resolvió Cortés tentar todos los medios que le parecieron oportunos para salvarse.

Llamó á su presencia á los sacerdotes y los nobles; les preguntó si tenían queja de él ó de sus soldados; les prodigó los testimonios de su consideracion. Los cholultecas contestaron muy satisfechos, creyendo así encubrir sus intentos, y Cortés quedó mucho más desconfiado y resuelto á jugar el todo por el todo en aquel lance terrible.

Manifestó al último su intento de proseguir su camino, y los cholultecas se fueron contentos, creyendo llegada la hora de la destruccion de los españoles.

Al siguiente dia de esta entrevista y al despuntar el sol, salieron los tlaxcaltecas con órdenes severísimas de que arrollasen todo lo que obstruyese su paso, sin respetar sino á las mujeres y á los niños.

Prontos los soldados de Cortés, en buen orden y aprestados para el combate, esperaron la llegada de los nobles y de los criados que traian víveres y obsequios á Cortés.

Penetraron en el patio y rodearon á los españoles: Cortés dió orden para que custodiasen las puertas de modo que no dejasen salir á ninguno de los que en aquel recinto se encontrasen, y así, en medio de ellos, les requirió de nuevo si tenían queja de él y de la conducta de las tropas: respondieron negativamente; entonces Cortés, con el rostro encendido en ira, y ébrio de furor, les echó en cara su perfidia y dió la terrible señal de la matanza.

Cayeron los españoles sobre aquellos desgraciados, como un grupo de tigres rabiosos, destrozando sus cuerpos, bañándose en sangre, cubriendo el pavimento con un todo formado de entrañas, miembros y despojos humanos. Encarnizados aquellos feroces soldados, salieron como torrente de llamas, asolando todo lo que encontraban á su paso, y propagando la espantosa carnicería. Los indios, aterrados y sucumbiendo á millares al principio, se rehicieron en medio de los alaridos de las mujeres,

los gritos de los moribundos y el horror de la pelea; acogiéronse á los templos, y desde ellos opusieron vigorosa resistencia: de repente comienza el incendio, vuela de casa en casa, y ondea sobre los templos, difundiendo el espanto.

Oigamos á Clavijero:

“Arden las casas y las torres de los santuarios; por las calles “no se ven más que cadáveres ensangrentados ó próximos á “que los devoren las llamas: sólo se oyen insultos y amenazas, “los débiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los “vencidos contra los vencedores, y los lamentos que dirigen á “sus dioses quejándose de que los habian abandonado.”

Apartemos los ojos de ese horrible cuadro.....

Vuelto Cortés á su alojamiento, hizo cesar, aunque muy tarde, la matanza..... Despues quitáronse de las calles los cadáveres, volvieron las mujeres y los niños á pisar las cenizas formadas con los despojos de su pueblo y los huesos de sus padres, y sobre la ciudad aniquilada apareció el signo de la cruz, como designando el suplicio horrible..... no la redencion de un pueblo.

Fingió creer Cortés, y así lo comunicó á los embajadores de Moctezuma, que los mexicanos no habian tenido parte en aquellas maniobras, encargándoles dijesen á su Señor, que si hasta aquel momento habia sido bueno y clemente, podia no ser así en lo sucesivo.

## LECCION QUINTA.

Auxilio á los totonacos.—Muerte de Escalante.—Marcha de Cortés á México.

—Derrotero.—Aviso á Moctezuma.—Visita del rey de Texcoco.—Encuentro de Cortés y Moctezuma.—Comitiva del monarca azteca.—Hospedan á Cortés en el suntuoso palacio de Axayacatl.

Miéntas pasaban en Cholula los tremendos acontecimientos que hemos referido, en las costas de Veracruz Quaupopoca, Señor de Nautla, recibió orden de Moctezuma para perseguir á



los totonacos: hizo varias felices correrías. Escalante acudió en auxilio de los totonacos y derrotó á sus enemigos, aunque perdiendo la vida de resultas de sus heridas.

Ocultó Cortés semejante desgracia cuidadosamente, y despues de dejar en el mejor arreglo Cholula, y de procurar la reconciliacion de cholultecas y tlaxcaltecas, emprendió la marcha para México, objeto de sus ensueños más halagadores.

La marcha se emprendió en el mejor orden, haciéndose notable, para los pueblos por donde atravesaba, el conjunto del ejército español con su artillería formidable, sus caballos y ginetes, y marchando con ellos los aliados aguerridos, orgullosos por hacer la campaña con los españoles.

Siguieron su camino entre los dos volcanes, haciendo parada en Izcoalco, desde donde pudieron descubrir el panorama encantador de México, con su ciudad inmensa rodeada de mil pueblos y caseríos, como flotando en las aguas sus árboles y calzadas, y su conjunto encantador que conocemos.

En este tránsito y hasta su llegada á México, Cortés recibió víveres y obsequios, así como escuchaba quejas contra la tiranía de Moctezuma, y ofrecia remedio para todos los males que sufrían, aumentando el número de sus aliados.

Consultando Cortés el camino que debería seguir, despues de escuchar varios pareceres, se decidió por el que le señalaban como más peligroso.

Antes de salir Cortés de Cholula, envió á Moctezuma recado, mostrándole extrañeza por ciertos manejos, instando en que le repugnaba que con insistencia tenaz pretendiese disuadirle á pasar á México, objeto de su viaje, y de cuyo intento no prescindiria en manera alguna, obedeciendo las órdenes de su gran Soberano.

Moctezuma entretanto, lleno de inquietud, atormentado por presentimientos funestos, en zozobra perpetua por las defecciones de sus súbditos, con verdadero horror por las relaciones de las batallas y por la hecatombe espantosa de Cholula, se retiró á hacer austera penitencia á su palacio llamado Telitlancametatl, para implorar el auxilio de sus dioses: hizo nuevos y más va-

liosos presentes á Cortés, ofreciéndole amistad á su rey, pero rogándole se abstuviese de pasar adelante.

Los pueblos del valle y sus inmediaciones corrian como rios caudalosos al encuentro del ejército; la muchedumbre formaba muro á las orillas de los caminos, y el asombro se pintaba en todos los semblantes.

Siguió Cortés su marcha por las fértiles y pintorescas tierras de Amecameca, cruzó por Tlalmanalco, y en Ayotzingo recibió la visita del rey de Texcoco.

Llegó éste en su litera, sobre la cual flotaban riquísimas plumas, y le acompañaba respetuosa la nobleza; y observó un ceremonial tan circunspecto y culto, que asombró á los españoles.

Siguió su viaje el conquistador, de Ayotzingo á Cuaunahuac, hoy Cuernavaca, donde á cada paso más maravillados los españoles, contemplaban la exuberante vegetacion de nuestra tierra caliente. De este lugar se dirigieron á Ixtapalapan, la de los hermosos jardines, el cesto de flores colocado á las orillas de nuestro lago.

En Ixtapalapan obsequió á Cortés Cuiclahuatzin, hermano y sucesor de Moctezuma: detúvose la comitiva numerosa en Coyoacan, y luego, tomando la amplia y cómoda calzada de Ixtapalapan que conducia hasta la puerta Sur del templo mayor, marcharon para México.

La multitud que desembarcaba de las canoas; la que en avenida impetuosa llenaba las calzadas, debordándose los habitantes en puertas, ventanas y azoteas, todos acudian á ver el tránsito de los seres para ellos sobrenaturales que visitaban aquellas regiones.

En un lugar llamado Xolo, poco distante de la ciudad, hizo alto Cortés para recibir las felicitaciones de la nobleza.

Cercano al lugar referido, se presentó Moctezuma.

Llegaba precedido por tres heraldos, que con sus lagas varas de oro en las manos anunciaban la llegada del rey.

Iba éste conducido en una magnífica litera cubierta de placas de oro y coronada de penachos de vistosas plumas.



Al verlo llegar Cortés, arrogante y apuesto se apeó de su caballo y se dirigió á la litera. Moctezuma descendió de ella apoyado en los brazos de sus parientes Ixtlilxochitl y Cuittlahuatzin: coronaba su cabeza la pequeña mitra de oro, y el penacho de plumas que conocemos; pendía de sus hombros un rico manto, y calzaba caeles que tenían las plantas de oro finísimo, atados á sus piés con unas correas cuajadas de piedras preciosas.

Estrechó su mano Cortés; quiso abrazarle, pero los de su comitiva lo impidieron, porque la demasiada cercanía al rey se veía como un acto de irreverencia.<sup>1</sup>

Después de cambiarse algunas palabras y de obsequiarse recíprocamente, Cortés con un collar de cuentas de vidrio que puso al cuello de Moctezuma, éste con una sogá que contenía cangrejos pequeños de oro, que fueron en aquel tiempo admiración de España, indicaron su camino al ejército, que se dirigió y alojó en el suntuoso palacio de Axayacatl: allí los esperaba Moctezuma; dijo á Cortés que estaba en su propia casa, y se retiró, dejándolo en posesión de ella.

El suntuoso palacio podía contener hasta siete mil personas. Cortés concentró allí su ejército, distribuyó sus fuerzas, abocó sus cañones como le pareció más conveniente, y se puso en actitud de defensa, como si temiera ser atacado.

Los nobles mexicanos sirvieron á Cortés un banquete magnífico, y al mismo tiempo distribuyeron abundantes víveres al ejército.

Para solemnizar esta entrada, Cortés mandó hacer con gran aparato una salva de artillería, que llenó de espanto y de asombro á la población.

Esta solemne entrada se verificó el 8 de Noviembre de 1519, siete meses después de la llegada de Cortés al país de Anáhuac.

<sup>1</sup> Este encuentro se verificó frente al lugar en que está hoy la entrada del Hospital de Jesús.

## LECCION SEXTA.

Insta Cortés por el reconocimiento de su rey y sumisión á su religión.—Anuencia de Moctezuma á lo primero; resistencia á lo segundo.—Cortés reconoce la superioridad de fuerzas de Moctezuma.—Síntomas de rebelión.—Capilla á la Virgen.—Tesoro.—Muerte de Escalante.—Cortés manda quemar vivos á los que lo mataron.—Prisión de Moctezuma en el cuartel de los españoles.—Alarmas.—Arribo de Narvaez á Veracruz.—Marcha Cortés á combatirlo, dejando á Alvarado en su lugar.—Matanza espantosa ordenada por Alvarado.—Furor de los indios.—Victoria de Cortés sobre Narvaez.—Vuelve á México.—Escasez de víveres.

Posesionados los conquistadores y sus aliados del palacio de Axayacatl; distribuidas sus guardias; prevenido Cortés para evitar una sorpresa, dedicó su atención á abrirse paso en el ánimo del monarca, y á conseguir, ya por la astucia, ya por la mal encubierta amenaza, robustecerse, haciendo de Moctezuma el primero de los instrumentos de su conquista.

Pero en las varias pláticas que en las frecuentes visitas á Moctezuma empeñaba Cortés, notó que reconocía este monarca al poderoso rey de los blancos, se allanaba á prestarle obediencia y rendirle tributo; pero en cuanto á soportar ajeno mando, lo mismo que en cuanto al cambio de religión, pudo percibir obstáculos invencibles para la realización de sus miras.

Frecuentemente emprendía Cortés pláticas sobre las excelencias de sus creencias; aventuraba la idea de sustituir la cruz á los ídolos, y de exponer en los altares la imagen de la Virgen María; pero unas veces la evasiva y otras la repulsa, frustraban los designios de Cortés.

En cambio, Moctezuma, afable en alto grado, dadivoso hasta rayar en la prodigalidad, llenaba de regalos á oficiales y soldados, irritando con esto su codicia y empeñándolos más en su temeraria empresa.

Pero si tales estímulos eran en alto grado poderosos, palpaban los peligros que de todas partes los rodeaban, y al tender la



vista á su derredor, se encontraban con el peligro de perecer ántes de dar fin á su intento temerario.

Al reconocer la ciudad, inmensamente poblada, con sus blancas casas de piedra, sus elevados templos, sus mil puentes, los fosos profundos que en todas direcciones cruzaban, median la cortedad de sus fuerzas, conocian lo inútil de su caballería, y se persuadian de su inferioridad, al extremo que algunos historiadores dicen que si hubiese arrojado una sola piedra cada uno de los que, como enemigos, rodeaban á Cortés, habria sido bastante para desaparecer al conquistador y á sus aliados.

En tales circunstancias, comenzaron á notar los españoles síntomas de sorda pero tremenda hostilidad: ya resentian cierta escasez de víveres, que se disculpaba malamente; ya veian algunos sospechosos reconociendo los muros en són de amenaza; ya sabian que por Ixtapalapam, Tacuba y Azcapotzalco se levantaban fuerzas proclamando la muerte de los extranjeros sus enemigos y enemigos de sus dioses.

Cortés seguia visitando á Moctezuma, recibiendo obsequios de joyas de sus propias hijas, é instando por la propagacion de su creencia.

Logró en estas entrevistas se le permitiese construir dentro de su palacio una capilla en que colocó la imágen de Nuestra Señora, se dijo misa y se practicaban actos de devocion.

Cuando estaban en la construccion de la capilla, en uno de los muros sonó hueco; acudieron á inspeccionar los españoles, y encontraron una puerta tapada. Abriéronla, y se ostentaron á sus ojos parte de los tesoros de Axayacatl: oro en profusion y piedras preciosas, primorosos tejidos y mosaicos de encantadora belleza.

Atónitos los conquistadores con aquel descubrimiento mágico, dieron cuenta á Cortés, quien mandó cubrir la puerta como ántes estaba, no sin aprovechar la ocasion de hacer comprender á sus compañeros la rica recompensa que esperaba á sus rudos afanes.

Como hemos dicho, luchaban entre los más encontrados afectos los españoles, cuando Cortés se cercioró de la noticia

del ataque á los de Zempoala y de la derrota y muerte de Escalante.

Algunos dicen que en esa refriega cogieron á un español vivo, lo sacrificaron, le cortaron la cabeza y la pasearon en triunfo, desmintiendo la pretendida inmortalidad de los españoles.

Cortés estaba persuadido de que por instigacion de los mexicanos se cometieron semejantes atentados, que le ponian en evidente riesgo de perecer.

Hizo presente á Moctezuma su enojo y le urgió para que entregase á los culpables; el débil monarca condescendió con esta exigencia; aprehendieron y pusieron á disposicion de Cortés á los acusados como reos de la muerte de Escalante, y el bárbaro conquistador los mandó quemar vivos y refinó los tormentos de los que con motivo de la acusacion cayeron en sus manos.

La sangre incendia; aquellas ejecuciones despertaron en las almas el dormido patriotismo, y las hostilidades se hicieron más visibles y resueltas.

Cortés midió la profundidad del abismo abierto á sus piés, y tomó consejo de la propia desesperacion.

Resolvióse á aprehender á Moctezuma, llevarlo á su palacio y tenerlo en rehenes de su seguridad.

Aprovechó un dia de entrevista, fué á su palacio con hombres escogidos y perfectamente armados, como lo estaban siempre, aun para dormir.

El descuidado monarca agasajó más que nunca á su alevoso amigo, y éste, diestro y pérfido, le hizo presente la conveniencia de que se fuese á vivir con él, llenándole de atenciones.

Moctezuma cedió á aquella prision incua y pasó al palacio de Cortés en union de sus sobrinos Cuiclahuatzin y Cuauhtemotzin, donde le pusieron bajo la vigilancia de fuertes guardias.

Apénas se propagó la noticia de la accion temeraria de Cortés, cuando estalló el rencor y se hizo sensible el rompimiento.

Moctezuma procuraba calmar los ánimos, diciendo que por su voluntad estaba al lado de Cortés, haciendo allí su despacho y dando desde allí sus órdenes; pero esto no calmaba á la mul-



titud, que llegaba en oleadas hasta los muros del palacio en que estaba Cortés, pidiendo á grito herido la libertad de su rey.

Aunque Moctezuma aparentaba gran conformidad, tenia, sin embargo, el resentimiento en el corazon y la negra tristeza en el alma. En una de las veces que se le expuso para que calmase á sus súbditos, quiso precipitarse de la altura en que se encontraba, pero le contuvieron sus custodios.

Alarmados estaban los conquistadores con la certeza de un pronto rompimiento, cuando un correo secreto trajo á Cortés la fatal nueva de que en el puerto de Veracruz se habian avisado diez y ocho bajeles, numerosas tropas y trenes de guerra, al mando del valiente Pánfilo de Narvaez, enviado por Velázquez.

Cuando la muerte de Escalante, envió Cortés á que lo sustituyera, á Sandoval, uno de sus más expertos é intrépidos capitanes, quien confirmó con su fidelidad y denuedo lo acertado del nombramiento.

Aparentemente las cosas estaban en la mayor calma. Moctezuma parecia resignado en su prision; alentaba los juegos de los españoles, les regalaba sin cesar, protegía á algunos, especialmente á Orteguilla, á Ojeda y otros, y aun parecia mezclarse en sus juegos y que se iniciaba en sus costumbres.

A la noticia de la llegada de Narvaez, Cortés fingió una ocupacion imprescindible en Zempoala, y fuése allá con algunas fuerzas, dejando reencargado á Moctezuma, y dando instrucciones para que mantuviesen aquella difícil situacion mientras él volvía.

Como dijimos, partió para Zempoala al encuentro de Narvaez.

Éste desembarcó, posesionóse de una parte de la costa, componiéndose su fuerza, como indicamos, de diez y ocho buques, dos mil hombres, regular artillería y las correspondientes provisiones de guerra.

Cortés, sin pérdida de momento, con profundo secreto y cautela, de acuerdo con Sandoval, que en esta emergencia prestó los más importantes servicios, cayó de improviso con sus pocas

pero resueltas fuerzas sobre Narvaez, al que hirió y apresó, poniéndole grillos; hizo en sus tropas horrorosos estragos, sometiéndolas al fin, halagando á los que se le mostraban adictos, y haciéndose de buques, tropas y refuerzo con que volvió á México triunfante y poderoso.

Entretanto en México quedó Alvarado al frente de sólo ciento cuarenta españoles y de los indios sus aliados. Durante una fiesta de Huitzilopochtli, multitud de indios entraron al patio del palacio en que se hallaba Moctezuma, danzando y entregándose al regocijo; y sea que Alvarado temiese el alboroto, sea, como otros afirman, por apoderarse de las alhajas que ostentaban muchos concurrentes, cargó sobre ellos, cebándose como tigre y produciendo una mortandad horrible entre aquella gente confiada é indefensa. Enfurecido el pueblo por tan negra traicion, atacó á los enemigos destruyendo parte del muro del edificio en que se hallaban; rechazados con mucha pérdida, dieron otro y otro asalto, dejando montones de cadáveres entre lagos de sangre..... Quemaron los bergantines que tenían los españoles y abrieron al rededor de su palacio un ancho y profundo foso, intentando sitiarse por hambre al enemigo.

Sabedor Cortés de tan graves sucesos, apresuró su marcha con el refuerzo que le habia dado la victoria sobre Narvaez, llegó á México, aprehendió á Alvarado, mostróse severo con Moctezuma y ocupó algunos edificios del recinto del templo mayor, próximos á sus cuarteles.

Como la escasez de víveres se habia hecho notable, quejóse de ello á Moctezuma, y éste dijo que no se podrian conseguir mientras estuviesen presos los principales personajes del imperio.

De resultas de esto, obtuvo libertad Cuitlahuatzin para procurar provisiones.

Cuitlahuatzin era un jóven lleno de talento y de bravura, patriota hasta la heroicidad, y resuelto como ningun otro guerrero mexicano.

Luego que consiguió la libertad, se puso á la cabeza del levantamiento del pueblo, y lanzó el grito de vencer ó morir.



Después de la llegada de Cortés, diarios y frecuentes fueron los combates, haciéndose hecatombes horrosas, incendiándose templos y multitud de casas, y volviendo de estos horribles encuentros y derrota dispersos los españoles á sus cuarteles.

Entre los más terribles combates, se cuenta, cuando se incendió el templo mayor, que parecia que en inmensa hoguera se habia convertido la gran ciudad.

Agotados los víveres, más y más alentados los mexicanos, habian logrado á costa de miles de vidas, hacer sensible su superioridad: Cortés resolvió abandonar el campo y salir de la ciudad en el más profundo silencio y con todas las precauciones posibles.

### LECCION SETIMA.

Combate del templo.—Muerte de Moctezuma.—Son rechazados los españoles.—Asciende Cortés.—Incendio.—Noche.—Incendio de casas.—Salida de Ixtapalapan.—Armisticio.—Honos á Moctezuma.—Salida el 1º de Julio.—Marcha Sandoval á la vanguardia.—Alvarado á la retaguardia.—Tropas de Tlaxcala, Cholula y Zempoala.—Pintura del combate.—Primer foso.—Segundo foso.—Salto de Alvarado.—Mueren 450 españoles.—Mueren todos los cholultecas.—Pérdida de la artillería.—Muere V. de Leon.—Popotla.—Llanto de Cortés.

Los combates se sucedian: el foso abierto al rededor de la mansion de Cortés, que hacia resentir á los españoles los horros del hambre, y la buena posicion que habian tomado los indios desde el templo mayor que dominaba los cuarteles en que estaban las tropas de Cortés, todo hacia que el conflicto para éste tocase sus últimos extremos.

Acosado así por su situacion, pero muy léjos de dar cabida en su pecho al desaliento, resolvió apoderarse del templo y emprendió con lo más escogido de sus soldados la accion temeraria.

Ya recordamos el patio del templo, compuesto de piedrecitas

tan tersas y bruñidas como si fueran planchas de mármol; en nuestra memoria deben representarse aquellos cinco pisos con sus elevadas escaleras, dispuestas de tal modo que se tenia que rodear todo el edificio para el ascenso y descenso.

Como decia, se emprendió el ataque: una nube de piedras y de flechas recibió á los españoles: el templo parecia animado y moverse como un monstruo de millares de cabezas y de brazos. Llenos de desesperacion los españoles, se esfuerzan por ascender, y al fin son rechazados con pérdidas horribles. Cortés, que presenciaba este descalabro, hizo un nuevo esfuerzo; púsose al frente de las tropas, embrazó su rodela, empuñó su espada y ascendió con temeridad: los indios resistian palmo á palmo; se disputaba el terreno, descendiendo á raudales la sangre y cubriéndose de cadáveres el suelo: algunos se precipitaban de uno á otro piso para despeñarse abrazados de sus enemigos. En medio de la refriega se levantó la llama y quedó el edificio gigante convertido en inmensa hoguera que reproducian las aguas de los canales y de los lagos, hoguera de entre cuyas llamas salian lamentos y gritos que parecia que brotaban de un infierno.

Aunque al fin victorioso Cortés en este encuentro espantoso, quedó tan malparado, que entró en serias deliberaciones con algunos de sus capitanes sobre el partido que se necesitaba tomar.

En uno de los más serios ataques á la habitacion de Cortés, Moctezuma, por sus instancias, habia salido á la azotea del palacio á arengar á su pueblo; pero éste, léjos de sosegarse, le llenó de improperios y le lanzó piedras y flechas en medio de un borrascoso tumulto.

Una de las mil piedras que lanzaron contra Moctezuma, le hirió en la sien. El monarca se sintió hondamente apesadumbrado, rehusando todo auxilio y resistiendo toda curacion, porque mostró la decision de no sobrevivir á la afrenta de que se le habia cubierto con aquel ultraje.

Después de tres dias de agonía que sobrellevó el monarca mexicano con estóica resignacion, murió asesinado por los españoles, aunque habian tenido en él un generoso protector.





La lucha siguió con encarnizamiento; Cortés se resolvió á abandonar la ciudad, preparando su salida por la amplia calzada de Ixtapalapan, pero á las primeras indicaciones de su intento se despertó el furor de los mexicanos y se renovó la lucha á muerte de los dias anteriores: logró, sin embargo, el conquistador penetrar hasta uno de los puentes, empeñando lances terribles.

Diéronse señales de que se quería un armisticio, y se acordó éste. En él pidieron los indios á Cortés el cuerpo de Moctezuma para hacerle los honores fúnebres, como lo verificaron, sepultando el cadáver en Chapultepec, segun las tradiciones más acreditadas.

Aquella tregua fué momentánea; los ataques se repitieron con mayor ardor, comenzando los incendios notables, y al fin los españoles determinaron salir una noche, que fué la del 1º de Julio de 1520.

Ordenóse con el mayor cuidado la marcha de las tropas; ocupó la vanguardia el intrépido Sandoval, la retaguardia Pedro de Alvarado, el centro los heridos y las tropas aliadas.

Despues de separados los caudales del rey, que se decidió á llevar Cortés, repartió entre sus tropas y aliados las riquezas inmensas del palacio que iba á desocupar.

Señalóse para la marcha la via recta de Tacuba.

Apénas dieron los primeros pasos los españoles fuera del palacio, como un mar inmenso se agitó la ciudad entera, rompiendo los puentes, defendiendo los fosos, cayendo como una avalancha sobre los españoles; éstos se defendian hundiéndose en las aguas, atropellando en las calzadas con su caballería á sus enemigos, derramando por todas partes la muerte en el colmo del furor y la desesperacion: oíanse en las tinieblas gritos espantosos y lamentos desgarradores; hombres con hachas corrían en todos sentidos dando al campo el aspecto de una insurreccion de furias. Estalla el incendio, la llama se propaga, y en calzadas y fosos y puentes se ostenta la matanza con todo el lujo de la rabia y la desesperacion.

Habian pasado el primer foso los españoles con grandes pér-

didias; en el segundo, fué tan espantosa la carnicería, que los cadáveres cegaron el foso, al punto de que pudo pasar fácilmente la retaguardia.

Segun la tradicion, en el tramo que existe entre la iglesia de San Hipólito y lo que se llama "Puente de Alvarado," en el lugar que ocupa el Tívoli del Eliseo, frente al número 4 de esa calle, fué lo más encarnizado de la pelea. Ardian las casas, corría á torrentes la sangre, hombres y caballos se ahogaban en las acequias y en los fosos: muertos los cholultecas, perdida la artillería, fuera de combate más de la mitad de las fuerzas de Cortés, pues habian perecido más de 400 hombres, y siendo mucho el número de heridos, Alvarado hizo un esfuerzo supremo; protegió hasta el último trance la retirada de sus tropas, y se salvó merced al salto prodigioso que inmortalizó el lugar de sus más heróicas hazañas, y tiene hoy el nombre de *El salto de Alvarado*.

Cortés, que habia acudido á todos los peligros, que se habia centuplicado, alentando á unos, salvando á los otros, y derramando á su paso la muerte y el terror, emprendió el camino entre los restos de su ejército, en medio de los horrores de la más completa derrota.

Hizo alto en Popotla, y dicen que se sentó en una piedra, como anonadado por el infortunio. Los soldados que osaren acercársele, dicen que por la primera vez le vieron llorar.

Esa tremenda jornada conserva en la Historia el nombre de *Noche Triste*.